

legiones del ejército de Cristo, al frente de las cuales, como en otro tiempo á la valerosa Débora al frente de Israel, se ve á María Auxiliadora!

17. Bendigamos por tanto, amados fieles, al Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo¹, que en nuestros aciagos tiempos ha acudido al socorro de su Iglesia por medio de María. *Ella era nuestra esperanza, y no nos ha fallado*². Un día que los pobres pequeños de Don Bosco vieron de nuevo á su buen padre en medio de ellos, convalecido milagrosamente de mortal dolencia, no pudieron menos de gritar con entusiasmo: «¡Viva María Auxiliadora!» como á quien atribuían justamente la milagrosa curación. Y nosotros perfectamente convencidos de que sólo por el poder de María y su corazón de madre se ha podido conjurar hasta hoy la infernal tormenta que brama en derredor, amenazando hundir en el abismo nuestros más caros intereses del tiempo y de la eternidad, el alma, la sociedad y la familia, aclamemos también con ferviente gratitud á nuestra poderosa y benignísima Patrona. Digamos una y mil veces con el piadoso Fundador de la Obra Salesiana: *¡Oh! ¡qué buena es María Auxiliadora!*

18. Mas no olvidemos que la lucha entre Cristo y Belial está empeñada todavía, y con más encarnizamiento que nunca; que la Iglesia es todavía combatida con las armas de la seducción, donde no con la violencia; que la sociedad vive siempre al borde del precipicio, amenazada, ya por la brutal anarquía, ya por la relajación de costumbres y la inmoralidad que necesariamente conducen á la disolución social. Á nuestras mismas puertas tenemos al protestantismo insidioso,

¹ 2 Cor. 1, 3.

² Is. 20, 6.

aliado natural de la revolución, pugnando por infiltrar en el corazón del pueblo y de los niños el veneno de falsas doctrinas, malamente llamadas *evangélicas*, cuando no son sino inventos caprichosos de Lutero y sus secuaces. ¡Alerta, padres de familia, á la voz de vuestro legítimo Prelado! No necesitamos de enseñanza protestante, corruptora, teniendo tantos y tan buenos elementos de cristiana educación. Entre tanto la perspectiva que tenemos delante, si bien iluminada con rayos de esperanza, no carece de sombras de temores. El siglo XIX está á punto de rendir su jornada: ¿bajo qué auspicios despertará el siglo XX? ¿qué suerte reserva Dios á las naciones? ¿abandonará Dios su heredad? ¡No, cristianos! La palabra de Jesucristo, inquebrantable, como la roca en medio de agitadas olas, nos asegura y tranquiliza: *Portæ inferi non prævalebunt*¹. Y la tradición de la Iglesia nos enseña que la salvación vendrá siempre por manos de María Auxiliadora². Así sea.

PRIMER PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

(predicado en la catedral de Bogotá, julio de 1895).

Belleza de la Virgen-Madre del Carmelo.

Gloria Libani data est ei, decor Carmeli et Saron. Is. 35, 2.

1. Hermosa entre todas las cumbres del blanco Líbano yérguese sobre la vasta planicie del Mar Mediterráneo, á mil metros de altura, la cima del Carmelo,

¹ Matth. 16, 18.

² Totum nos habere voluit per Mariam (*S. Bern.*, Serm. in Nativ. B. M. V.).

testigo, así de los prodigios verificados por los profetas, como de los grandes acontecimientos que han ido sucediéndose á sus pies. Desde esa misteriosa altura contempló un día el gran celador de la divina gloria, el incomparable Elías, la blanca y tenue nubecilla que, elevándose desde el seno del océano, convertíase á poco en majestuoso nimbo, que entre rayos y huracanes, inundaba con torrentes la montaña.

Grande, bella y magnífica entre todas las devociones que tienen por objeto á la Virgen prefigurada en la nubecilla del Carmelo, la devoción á Nuestra Señora del Carmen se eleva por encima de todos los cultos piadosos de María, extendiendo sus benéficos influjos, cual torrente de gracias celestiales, sobre el monte santo de la Iglesia católica. Colombia ha sentido muy especialmente el atractivo de esa devoción; y Bogotá, tan cristiana como culta, vese hoy inundada por ese diluvio de gracias que enaltece la solemnidad de las solemnidades de María, la grande y monumental festividad de Nuestra Señora del Carmen, levantada entre nosotros á una altura que sobrepaja las cumbres del Líbano, y aun las cimas gigantescas de los Andes.

2. ¡Lejos de esta Cátedra de la verdad la mentirosa adulación y la vana lisónja! Pero, dicho sea para estímulo y aliento de los que tan de corazón se consagran á glorificar á la Virgen Santísima del Carmen, difícilmente podía presentar otro punto del orbe católico espectáculo tan maravilloso de piedad popular, verdadera explosión de amor á María, como la que hoy se admira en Bogotá. La gloria sea de Aquel que *hace siempre grandes cosas, como Todopoderoso que es*¹,

¹ Fecit mihi magna qui potens est (Luc. 1, 49).

en tratándose de glorificar á su criatura predilecta, á su escogida para Madre. ¡Gloria á Dios en las alturas, y paz y bendición en la tierra á los que por su buena voluntad se han hecho dignos instrumentos de la gloria de Dios y de María!¹ Sí, cristianos: todo aquí es grande: ¡lástima que sólo sea pequeño el orador!

3. Para contribuir, pues, en la medida de mi pequeñez, á la magnificencia de estos cultos, no menos que para acrecentar, si cabe, vuestra devoción á la Reina de las gracias y Madre de las misericordias, ya que, no disponiendo de la grandilocuencia de los Crisóstomos y Bossuets, de los Segneris y Bourdaloues, no me sea dado expresarme á medida del deseo, me esforzaré en presentaros á Nuestra Señora del Carmen, vuestro dulcísimo encanto, como el tipo ideal de la belleza de la Virgen realzada con la corona de la más gloriosa maternidad. *Regina dignissima, Virgo perpetua*, cántala la Iglesia: Virgen incomparable, *Madre dignísima*: he aquí, á mi ver, lo que pueden significar aquellas palabras proféticas de Isaías: *Gloria del Líbano y hermosura del Carmelo*; he aquí, por lo demás, los rasgos característicos de esta dulce y encantadora advocación; he aquí, por tanto, el asunto de mi discurso y de vuestra atención benévola. Invoquemos etc. *Ave María*.

I.

4. Con el tema propuesto creo podría agotar la materia, si el desempeño en la exposición correspondiera á la grandeza de la idea. Porque, á decir verdad, devotísimos oyentes, nada hay más bello que la virgen,

¹ Gloria in altissimis Deo, etc. (Luc. 2, 14).

ni más sublime que la madre; pues ¿qué será si se reúnen en una sola persona por misteriosa manera y en el grado más subido la belleza de la virginidad y la gloria de la maternidad? Esto es lo que extasia la mente del gran Doctor de la Iglesia San Bernardo¹; esto lo que la misma Iglesia no acaba de admirar y de ensalzar: *Gaudia matris habens cum virginitatis honore, nec primam similem visa est, nec habere sequentem*². Esto hace de María la criatura única, sin ejemplar y sin segunda. Pero ¿qué extraño que Dios, que tan admirable se muestra en sus santos³, se haya manifestado sobre manera admirable en su Madre?⁴ Entremos, pues, con el favor divino, en la dulce contemplación de esa belleza virginal, de esa rosa entre azucenas, de esa flotante gasa ó blanca nubecilla suspendida en el espacio sobre el fondo azul turquí del firmamento. Dos son los esenciales elementos que constituyen la belleza perfectísima de la Virgen Carmelitana: la pureza y la humildad, el lirio y la violeta, el candor y la modestia que parecen haber fijado su trono en ese rostro amabilísimo de la Virgen.

5. ¡Pureza de María! ¿quién será bastante puro para contemplarte? ¿qué ojos de carne podrán fijarse en ese foco de luz inmaculada sin quedar deslumbrados y ciegos? ¿qué labios humanos merecerán el honor de nombrarte? ¡Ay de mí! diré con el Profeta: *Vir pollutus labiis ego sum*⁵; mas no por eso debo guardar silencio, porque es preciso alabar á Dios en la más preciosa de sus obras. ¡Pureza de María! es aquella

¹ De laud. Virg. Matris (in festo Maternit.) hom. 1.

² Offic. Eccl. ³ Mirabilis Deus in sanctis suis (Ps. 67, 36).

⁴ S. Bern. ubi supra. ⁵ Is. 6, 5.

misma que salió de la boca del Altísimo, adornando la primogénita de todas las criaturas¹, es el primer aliento del corazón de Dios, el primer destello de su gloria. Es la misma que ha precedido al nacimiento de la luz indeficiente de los cielos², y por eso vence á la luz, puesta en parangón con ella³. Tanta y tan delicada es la pureza de la Virgen soberana, que, lejos de recibir algún realce de cuanto tiene la tierra de vistoso y de lúcido, diríase que el oro la desdora, y la luz de este mundo la desluce. Sí, porque se trata de un objeto más brillante que la luz y máspreciado que el oro y los diamantes; se trata de María, en cuya formación han trabajado con esmero y con delicia los atributos divinos, empeñados en consumir su obra maestra para colocarla en medio de la creación visible é invisible. Tenía que ser, pues, aquella criatura, aunque de inferior naturaleza, sin embargo más pura que los mismos ángeles, astros que embellecen el cielo de Dios, antorchas que iluminan su palacio⁴. Y ¿qué cosa más pura que los ángeles? ¡Ah! sólo el alma de María, la cual, como canta el grande obispo San Sofronio, «ha dejado muy atrás á todas las criaturas, sin exceptuar ninguna, como que sobre todas ellas ha brillado por la pureza»⁵. ¡Qué entusiasmo tan noble y tan digno de la Virgen incomparable respiran las palabras del santo y elocuentísimo Doctor! Séame permitido repetir las: «¿Quién podrá decir, ¡oh María! tu esplendor?... Tú embelleciste sobre manera la humana naturaleza; tú sobrepujaste las

¹ Primogenita ante omnem creaturam (Eccli. 24, 5).

² Ego feci in cælis ut oriretur lumen indeficiens (ibid. v. 6).

³ Luci comparata invenitur purior (Eccl. in offic. Immac. Concept.).

⁴ Apoc. 4, 5.

⁵ Præ omni creatura enituiti puritate (S. Sophron.).

jerarquías angélicas; tú eclipsaste el fulgor de los mismos arcángeles; tú viste debajo de tus pies las altísimas sillas de los tronos; tú abajaste la altura de las dominaciones; tú te adelantaste á la carrera de los principados; tú enervaste la fortaleza de las potestades; tú apareciste cual virtud más poderosa que las mismas virtudes; tú con ojos terrenos venciste la vista limpidísima de los querubines; tú con las alas del alma agitadas por el soplo divino te remontaste más allá de los alados serafines; tú, en fin, has traspasado los límites de toda la creación, porque has recibido en tu seno al Autor de todas las criaturas.»¹

6. La pureza de María no es solamente la que resplandece en una criatura racional, no decaída del estado primitivo en que la formó el Criador, y dotada de todas las perfecciones de alma y cuerpo que corresponden á su naturaleza, aun no empañada con la más leve sombra de imperfección ó de pecado: es todavía mayor y más perfecta, porque es el destello vivísimo de la gracia sobrenatural infundida á torrentes en su alma en el instante mismo de su Concepción, y aumentada hasta un grado casi infinito durante el curso entero de su vida. He ahí, cristianos, por qué podemos afirmar sin exageración que la pureza de la Virgen excede incomparablemente á la de los mismos ángeles, con ser éstos espíritus puros, incapaces de corrupción alguna, por cuanto la gracia que llenó el ser de María, excede sin comparación á cuanta se ha concedido á todas las criaturas juntas, según el sentir común y muy razonable de la Iglesia. «Á ninguno, como á ti, habla el mismo San Sofronio, hásele dado la plenitud de la gracia;

¹ Id. in hom. in Deipar. Annuntiat.

por eso nadie ha subido á tanta altura como tú, nadie ha brillado con tanta luz del cielo, como brillas tú.»¹ «Verdaderamente eres *Bendita entre todas las mujeres*; porque, siendo mujer por condición natural, has sido hecha, no obstante, real y verdadera Madre de Dios.»²

7. Hémos, pues, hermanos míos, frente á frente del más bello espectáculo que se ofreció jamás á la contemplación de los mismos espíritus bienaventurados: ¡frente á frente de la pureza de María! ¡Mirad á esa criatura sin igual, á esa Virgen de las vírgenes! Fijos sus ojos en Dios desde el primer instante de su existencia, elevada hasta la contemplación altísima de la divina esencia y sus perfecciones, es ella misma la imagen más excelente de la Divinidad, el trasunto más acabado de la santidad de Dios, pudiéndosele aplicar aquellas palabras de la Sabiduría: *Speculum sine macula, et imago bonitatis illius*³. No hay sombra que empañe aquel espejo tersísimo de pureza, porque ni siquiera ha cabido en su mente la idea del desorden, ni menos ha cruzado por su imaginativa el fantasma corruptor... Su mirar lo dice bien claro, ese mirar de cándida paloma, que no alcanza á vislumbrar el mal⁴. ¡Ved ahí el tipo de la inocencia virginal, de la inocencia del niño, del candor de la púdica doncella! ¡Ah! ¡qué bella es la pureza de los ojos! *Ecce tu pulchra es*... suspiraba el Esposo divino, *oculi tui columbarum*⁵. En verdad, que eres hermosa, porque tienes los ojos llenos de candor y de pureza. Y ¿qué pensar y qué decir de su inmaculado corazón? ¿Ha

¹ S. Sophron., Hom. in Deipar. Annuntiat.

² Ibid.

³ Sap. 7, 26.

⁴ Oculi eius sicut columbæ (Cant. 5, 12).

⁵ Cant. 1, 14.

respirado alguna vez el aliento de afecto terrenal? No, que todo lo de la tierra mancha, aunque sea el oro y el purísimo diamante. Desconfiad, almas puras, de todo lo terreno por más que relumbre á vuestros ojos. Pero María ¿ha podido inclinar su corazón hacia la tierra? ¿ha sonreído á sus falsos halagos? Lirio purísimo del valle¹, vivificado con los influjos celestiales, perfumado con el rocío del cielo, apenas tiene en la tierra su punto de apoyo, pero se desprende de ella cuanto le es posible, empinándose cada vez más sobre sus raíces para alzar al cielo el cáliz entreabierto de su corazón. Por eso sus pétalos ostentan una blancura de alabastro, no alcanzándose á divisar en ellos un solo punto obscuro: el Esposo aplica á ellos sus labios divinales, y liba su néctar delicioso.

8. ¡Almas que amáis la hermosura verdadera, no la separéis jamás de la idea de pureza! No en vano ha dicho el Esposo en los Cantares: *Toda hermosa eres, amiga mía, y no hay mancha alguna en ti*²; porque, de haberla, dejaría de existir tanta hermosura. La belleza no se halla donde habita el desorden, el cual no es otra cosa que deformidad moral; y, por lo que hace á la belleza puramente física, no es ésa la que cuadra al ser humano, cuya dignidad y belleza característica pertenece al orden suprasensible, á la región espiritual. Buscad, pues, la belleza no en los frágiles encantos materiales ni en los atavíos y galas del cuerpo corruptible, tan corruptibles como la misma carne de pecado; buscadla, no en la vanidad sino en la verdad, no en la materia sino en el espíritu, en la pureza de corazón y de sentidos, en que consiste la *claridad del orden*,

¹ Ego flos campi (Cant. 2, 1).

² Cant. 4, 7.

que es el concepto adecuado de la belleza moral. Tal es, devotos de María, la enseñanza práctica que os da vuestra adorada Madre, la Virgen del Carmelo, cuando os dice: «No queráis amar al mundo ni las cosas que en el mundo tienen precio.»¹ El mundo, máxime el mundo del siglo XIX, corre desalado y frenético tras la belleza; pero ¡ojalá que tras la verdadera y casta! Si así fuera, dejaría de ser el mundo lo que realmente es, según la idea que de él nos da el mismo Jesucristo: el gran teatro en que dominan todas las concupiscencias, el campo en que combaten victoriosas todas las malas pasiones, capitaneadas por la soberbia de la carne y del espíritu, y donde sólo la virtud queda humillada y vencida, afrentada la humildad y ultrajada la pureza. Ése es el mundo, hermanos míos; y por eso se va tras de la carne y dedica todos sus entusiasmos á cantar el placer, hasta en sus formas más innobles. Nada exagero, si se toma en cuenta el desenfreno á que ha llegado la literatura pornográfica y el arte inmoral en nuestros días, de que no le queda al caduco siglo XIX más que la vergüenza y el remordimiento. ¡Literatura infame que ha osado hacer mofa de la Reina de las vírgenes y de sus fieles devotos! ¡Caiga sobre ella todo el peso de la cristiana indignación! ¡Aplaste á sus fautores la pública honestidad y el buen sentido!

9. Otro elemento de la belleza de la Virgen, que resplandece admirablemente en Nuestra Señora del Carmen, es la modestia virginal. Si el tipo de la virgen cristiana, de la virgen cual la describe el Apóstol², es realmente el más encantador, el que ha inspirado

¹ Nolite diligere mundum, etc. (1 Io. 2, 15).

² 1 Cor. 7, 34.